

OVERWATCH

CÓDIGO DE VIOLENCIA



UN RELATO CORTO ESCRITO POR BRANDON EASTON

HISTORIA
BRANDON EASTON

EDITORIAL
CHLOE FRABONI

CONSULTA DE HISTORIA
MADI BUCKINGHAM Y SEAN COPELAND

CONSULTA CREATIVA
**JEFF CHAMBERLAIN, JASON HILL, GEORGE KRSTIC,
ANDREW ROBINSON Y ARNOLD TSANG**

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA

DISEÑO
BETSY PETERSCHMIDT

ILUSTRACIONES
ARNOLD TSANG

CONCEPTOS ORIGINALES Y DISEÑO DE REAPER DUSK
DAVID KANG

MODELO DEL DISEÑO DE REAPER DUSK
KEOS MASONS

MODELO DE ARMAS DE REAPER DUSK
DRAGONFLY

MODELO ORIGINAL DE REAPER
HAI PHAN

CÓDIGO DE VIOLENCIA



Los latidos de Reyes retumbaban en sus oídos. Era en esos momentos llenos de tranquilidad cuando su rabia subía al punto de ebullición. Las contrariedades menores, como un piloto que llega tarde o un informe de misión perdido, solían dar lugar a simples bromas o provocaciones inocuas. En cambio, estas molestias ahora provocaban que su ira se disparara de forma vertiginosa, como si una espiral de furia construyera un puente hacia otra parte. A Reyes no le gustaba pensar en lo que había del otro lado de ese puente. Tenía la sensación de que, tras cada bala disparada, tras cada vez que su cuerpo se disipaba en una nube de humo negro, daba otro pequeño paso por ese camino.

Pero ese era el precio del poder.

Reyes observó su reflejo distorsionado cuando tomó la máscara de Reaper, un aparato de respiración especializado con rasgos parecidos a una calabaza de Halloween con fieros ojos color carmesí. Para misiones de sigilo como esta, Reyes necesitaba un HUD, un filtro de gas y un sistema de comunicación omnidireccional conectado a un GPS. A efectos prácticos, la máscara era funcional. Aunque el

uso de este aparato también tenía otros fines... su rostro era un lastre. El mundo pensaba que Reyes estaba muerto y todo tenía que seguir así. Nadie debía saber la realidad, sobre todo *ella*.

Un millón de imágenes inundaron la mente del hombre; era como una colección de momentos fugaces de alegría, dicha, asombro y amor vistos a través de un caleidoscopio roto. Un cono de helado derretido que goteaba sobre unos nudillos raspados. El cabello de ella. Una época en la que ella veía su rostro con cariño.

“Si ella supiera en lo que me convertí, ¿sonreiría ahora?”, pensó. La pregunta quedó sin respuesta en medio de un manantial de furia que brotó de lugares que Reyes trató de reprimir. “¿Sería posible que volviera a sentir lo mismo por mí?”.

El odio aumentó drásticamente; estaba fuera de su alcance, como la forma en que su cuerpo se había retorcido durante todos estos años. Las cicatrices de su última pelea con Jack no se comparaban con el veneno que Moira le había inyectado y el que le había suministrado el gobierno de su país antes que ella. Incluso hasta la fecha, los líquidos gritaban por sus venas como una purificación molecular que borraba a Gabriel Reyes poco a poco.

Había pasado casi un año desde que una explosión redujo el cuartel general de Overwatch en Suiza a escombros achicharrados. Sus últimos recuerdos eran el destello de las llamas, el terrible instante del calor lacerante, y los ojos de Jack, totalmente abiertos ante el horror. Luego... una oscuridad impenetrable.

Reyes recordaba que cuando despertó vio unos ojos que lo miraban con atención y frialdad. Era Moira O’Deorain, la genetista maniática que él había reclutado en Blackwatch. Una decisión que luego traería una infinita variedad de consecuencias no deseadas. Mientras Reyes recobraba la consciencia, Moira le había explicado cómo sobrecargó su cuerpo con una mezcla de productos experimentales; una versión más potente de la sustancia que inicialmente le había otorgado la capacidad de manipular su forma. Moira afirmó que no le había quedado otra opción, ya que él estaba al borde de la muerte. Aunque la científica disfrazó sus verdaderos motivos detrás de la lógica ecuánime de su campo, Reyes sabía que ella disfrutaba más su trabajo cuando podía manipular a sujetos de prueba indefensos.

Reyes estaba tendido sobre la camilla. Tenía una sensación de separación indescriptible; era como si su cuerpo estuviera hecho de un metal fundido y

sedoso que fluía entre distintos estados de la materia. En un momento era de carne y hueso; un instante después, se convertía en un cúmulo de humo negro, consciente de cada molécula y, a la vez, aterrorizado de perder el control sobre ellas. Reyes miró su brazo, era un torrente de niebla oscura como el ébano que formaba una vaga figura de una extremidad. Y, aunque en su interior gritó con horror, una pequeñísima parte de su cerebro estaba intrigada por este suceso. Hasta ese punto, ¿cuántas personas habían tratado de matarlo? Y, en cambio, su poder había aumentado. Ahora él era mucho más de lo que nunca había sido. El recuerdo de su vida pasada ahora se percibía como el trágico prólogo de un relato de venganza que él escribiría con sangre.

Reyes despertó de su ensueño y tomó un respiro profundo a la vez que la nave de transporte de Talon inició su ciclo de aterrizaje. La máscara de Reaper proyectó una sombra sobre su atroz semblante a medida que la colocaba con calma sobre su cabeza. Con un grato *clic*, la máscara quedó conectada a la capucha blindada que lo cubría hasta el cuello. Respiró hondo de nuevo, pero ahora emitió un siseo metálico y helado.

—Noventa segundos para la zona de despliegue —indicó la piloto de la nave.

Reyes volteó hacia una serie de monitores que estaban por toda la estación de comunicaciones de la unidad. Con destreza, deslizó un dedo por el panel de control LED y revisó el informe de misión de Doomfit.

“En un momento aterrizarás en un punto militar clandestino. En el interior encontrarás una persona que posee el conocimiento necesario para que Talon avance a la siguiente fase de nuestra operación. Es imperativo que extraigas a este hombre con vida de manera segura. Tu compañera en esta misión es un recurso valioso, pero no debes perderla de vista. Aunque yo siga encerrado, tú actuarás como mi mano oculta”.

Recordó que había esbozado una leve sonrisa frente al cuarto de detención de Akande mientras que el hombre encarcelado solo lo miraba con una expresión vacía. No había ni un indicio de emociones; eran solo un par de ojos que se enfocaban en algo más allá de sus captores y su regodeo, más allá de los muros

de luz rígida de aquella prisión.

Reyes no era ruin o innecesariamente vengativo, pero sentía cierta satisfacción por el hecho de saber que uno de los criminales más poderosos estaba encerrado y que eso era algo en lo que él había tenido que ver.

—¿Qué te parece tu nuevo alojamiento? —preguntó Reyes.

Akande parpadeó como si lo hubieran alejado de una conversación que solo él podía escuchar.

El sujeto se encogió de hombros.

—La adversidad genera oportunidades... y nos hace más fuertes, si logramos sobrevivir.

Reyes rechinó los dientes y su mano formó un puño apretado al mismo tiempo que retenía un mar de maldiciones. Akande analizó el lenguaje corporal de Reyes con una mirada de complicidad.

—Frustración ante la incapacidad del sistema para lidiar como es debido con personas con poder político e insurgentes —expresó Akande más en tono de confirmación que de pregunta.

Como respuesta, Reyes solo frunció el ceño.

Akande se inclinó hacia el frente con una expresión contenida, como cuando un jugador de póker no está seguro de si su mano es suficiente como para ganar la partida.

—Somos hombres de guerra. Es normal que esta falsa paz no te engañe. Pero no te preocupes, me encuentro en una desventaja suprema...

—En el lugar al que perteneces —espetó Reyes.

—Tal vez, según tu juicio. No soy ni el primero ni seré el último con una visión que cuestione el orden global. Solo soy una persona de tantas que se dan cuenta de lo destrozado que está el mundo.

—Los sistemas perfectos no existen. Es posible reconocer que el sistema tiene fallas sin tener que cometer actos terroristas.

Akande asintió con respeto y le dio la espalda a Reyes.

—Es una pena que los verdaderos villanos jamás conocerán el interior de una celda —aseguró Akande—. Tú fuiste policía y soldado. Dedicaste gran parte de tu vida a la búsqueda de la justicia. Y todo para ver que se compra y se vende muy fácil.



—No soy un ingenuo perdido que busca un líder de culto —contestó Reyes mientras se ponía de pie para marcharse—. No trates de manipularme. *Tú eres el que está aquí por una razón.*

—Lo mismo digo de ti, Reyes.

Ambos se detuvieron un instante; era el tipo de pausas que ocurren antes de dar un apretón de manos o desenfundar un arma.

—Déjame preguntarte algo —propuso Akande—. ¿Crees que has marcado alguna diferencia? ¿Como policía? ¿Como soldado? ¿Como agente de Overwatch? ¿Tus acciones han inclinado la balanza de la justicia?

Reyes abrió la boca para responder, pero algo dentro de él impidió que las palabras escaparan. Como policía, Reyes había encerrado a cientos de criminales y eso no había servido de nada para frenar la delincuencia en las calles. Como soldado, había ayudado a derrocar regímenes autoritarios solo para ver cómo una megacorporación se adueñaba del poder y continuaba con los mismos abusos bajo el auspicio de maximizar las ganancias. A diferencia de muchos de

su mismo grupo, Reyes creía que las causas principales de la injusticia tenían que arrancarse de raíz. ¿Qué caso tenía arrestar a los narcotraficantes si los carteles seguían en pie? ¿De qué servía salvar a una nación de un tirano sin antes determinar quién lo había elevado y mantenido en el poder?

Una y otra vez, Reyes había sido testigo de cómo los inocentes sufrían bajo la presión de las élites adineradas que escapaban de enjuiciamientos. Testigo de cómo el sistema fue incapaz de impartir justicia y ofrecerle a la gente un alivio, una *protección*.

Akande siguió hablando; su tono era respetuoso y libre de prejuicios.

—Trabajaste sin tregua, incluso alteraste tu cuerpo al servicio de la buena voluntad universal y ¿qué ganaste al final? Este no es un sistema con fallas. Lo crearon así con toda la intención de recompensar y proteger a los criminales que se benefician de la división que ellos crean. Ahora, mi pregunta es: ¿a *quiénes* proteges en realidad? ¿Proteges a la humanidad de mí? ¿O proteges a estos criminales de mi justicia?

Aunque Reyes lo intentó, no pudo formar una respuesta. Akande había expuesto una verdad que nadie podía negar. Ni las Naciones Unidas. Ni la Interpol. Ni el sistema de justicia de Estados Unidos. Ni Overwatch, desde luego, el grupo con el que había creado un equipo de asalto encubierto para corregir los errores que el sistema les impedía arreglar.

Fue entonces cuando se plantó una semilla de venganza en la psique de Reyes. Una semilla que daría origen a Reaper. Un fantasma que ya no se adhiere a las anticuadas nociones de honor, un nuevo creyente en el código de violencia... el único código respetado en este mundo.

—Cambiando la señal de audio al sistema de comunicación de la máscara. —La voz de la piloto de la nave atravesó el manto de los recuerdos de Reyes.

Un pitido le indicó que la señal era segura.

—Adelante.

El HUD de Reyes parpadeó y una calavera violeta e intermitente reemplazó la insignia de Talon.

—Hola, compadre. —Una voz le taladró el oído—. ¿Listo para el ataque relámpago?

Reyes sintió el movimiento del piso cuando la nave aterrizó. Apareció entre la oscuridad de la rampa de salida y buscó a Sombra, su compañera de equipo. Cuando ella salió de su estado de sigilo, vio la sonrisa de confianza que enmarcaba su rostro.

Reyes apagó su comunicador y se dirigió hacia la joven.

—¿Te refieres a la extracción sigilosa?

—Claro, un asalto rápido.

Reyes miró a Sombra con detenimiento mientras repasaba un listado interno de los inconvenientes de su compañera. Su atuendo blanco con rojo no era precisamente el más sutil. Incluso su metralleta estaba decorada de forma llamativa. La joven no tenía ni un solo elemento que reflejara el concepto de “sigilo”.

—¿Ya habías participado en extracciones como esta? —preguntó Reyes.

Sombra sacó una pantalla de luz rígida y exhaló de forma notoria, era un sonido que denotaba burla y escepticismo.

—¿Estás preocupado, Gabrielito? Puedes confiar en mí. Es más, te voy a contar un viejo secreto de Talon: no estamos en el ejército, soldado. Pero eso ya lo descubrirás muy pronto.

—¿Revisaste el informe de la misión?

Sombra le arrojó una pantalla de luz rígida.

—¿Te refieres a esto? Prefiero investigar por mi cuenta.

Reyes sintió que su furia iba en aumento mientras verificaba la munición de sus escopetas.

—Si seguimos el informe de la misión, tendremos oportunidad de volver a casa a salvo.

Sombra se encogió de hombros y cerró sus pantallas.

Reyes avanzó hacia la puerta.

—Todo listo para las operaciones de combate.

Sombra sonrió de forma socarrona y llevó su pistola hacia la sien como un saludo burlón.

Cuando llegaron a lo alto de la cresta, la luz de la luna reveló un panorama

amplio con enormes pinos y matorrales que abarcaban kilómetros en todas direcciones. Desde la cumbre plana se veía un valle donde una anodina serie de edificios amarillentos de una sola planta formaba algo parecido a una herradura en el paisaje.

—Ahí —indicó Sombra—, es donde encontraremos a nuestro objetivo.

Reyes escaneó el área en silencio, sus ojos buscaban contramedidas de defensa incrustadas en la topografía. En su vida pasada, Reyes se había infiltrado en un sinfín de los llamados sitios clandestinos y conocía sus métodos para ocultar dispositivos de vigilancia o alerta. Podría ser el asta de una bandera colocada de forma extraña o una serie asimétrica de arbustos frondosos demasiado verdes para estar en un ambiente desértico.

—Su red de detección es escasa. Sigue mis pasos hasta la parte baja del valle y... —Reyes volteó y vio que Sombra arrojaba una baliza translocalizadora por el desfiladero. Entonces desapareció y volvió a aparecer, ahora en la cima opuesta, en una fracción de segundo. El impacto momentáneo de Reyes ante las acciones de Sombra se vio mitigado por su irritación. Debajo de la máscara, Reyes apretó los dientes al tiempo que recordaba la advertencia de Doomfist: “No debes perderla de vista”.

Reyes se centró en el espacio al lado de Sombra. Su frecuencia cardíaca aumentó al instante y su piel se erizó. Luego se desvaneció en una nube de humo y volvió a tomar forma en la otra cumbre, al lado de la joven.

Sombra lo saludó meneando los dedos.

—¿Me extrañaste?

Reyes notó que su compañera no había reaccionado al ver su habilidad; eso le dio la impresión de que ella ya sabía de lo que él era capaz y solo lo estaba molestando. Era un juego mezquino propio de quien tiene exceso de confianza.

Doomfist también le había dado información acerca de las capacidades de Sombra; había dicho que era una de las agentes más peligrosas del planeta. Reyes no había considerado que tal vez ella también podría ser peligrosa para el objetivo de esa misión.

—No te quedes atrás, amigo —advirtió Sombra. —Sé que solo eres un matón a sueldo, pero pensé que estarías menos tenso en este tipo de situaciones. ¿Qué tal si nos separamos? Yo iré tras el objetivo y tú te encargas de los gua...

—No vamos a separarnos —interrumpió Reyes.

Sombra soltó un suspiro.

—Este no es un ataque al Pentágono. Sus refuerzos más cercanos están a 49 kilómetros. Se supone que este lugar no existe y, según mis datos, no cuentan con muchos camiones de suministros. El personal de seguridad es escaso, se redujo a solo treinta guardias activos debido a los recortes de presupuesto y no esperan una infiltración. Ni siquiera con su armamento más pesado lograrían dejar una marca en las armaduras de las tropas de Talon. Además, los sitios clandestinos no están protegidos por el comisario local. Pero ya deberías saber eso.

—Trabajaremos juntos. Así será más fácil neutralizar las amenazas.

—Afirmativo, *comandante* —respondió Sombra con una ceja levantada. Luego bajó la voz—. Cuando leí tu expediente, no me pareció que fueras un oficial de narcóticos, ¿sabes?

Reyes no estaba seguro de lo que Sombra insinuaba. ¿Acaso estaba al tanto de la advertencia de Akande?

Al notar la ira en el rostro del hombre, Sombra puso la mano en su cadera.

—Relájate, amigo. Akande no tiene por qué preocuparse. Nuestros intereses coinciden el día de hoy —aseguró Sombra con una sonrisa irónica. Tras eso, señaló el edificio más cercano a su posición—. Entraremos por ahí. Una entrada fácil. Una salida fácil.

Sombra desapareció en un parpadeo mientras Reyes se concentraba en el lugar que ella había marcado.

A lo largo de los años, el entrenamiento militar de Reyes le había otorgado un sexto sentido que le advertía sobre los peligros. Y en este momento, su alarma interna sonaba en todas las frecuencias. En sí, no era la misión lo que le preocupaba tanto, sino la dinámica de Talon (o mejor dicho, la falta de ella). Él no era tan ingenuo o insensato como para creer que la cultura flexible de Talon respecto a los criminales de ideas afines se asemejaría a una estructura militar básica, pero trabajar junto a Sombra era algo inquietante. Asumía que, como mínimo, cualquier persona con la que trabajara lo apoyaría, aunque solo fuera para cumplir con la misión.

Pero a Sombra no le importaba ni él ni la misión... ella apenas había mostrado un mínimo interés por Akande. De repente, Reyes ya no sabía si era capaz de

confiar en los integrantes de Talon. Fue un pensamiento desconcertante que se clavó en su mente.

“Si Akande me dijo que vigilara a Sombra... ¿Qué le habrá dicho a ella sobre mí?”.

—Hackeo iniciado —avisó la joven cuando él se acercó a la puerta decolorada por el sol del primer edificio.

Cuando Reyes se percató de la presencia de una pequeña cámara que sobresalía de la superficie a varios metros a la izquierda, una bocina de alarma resonó entre aquel paisaje lleno de paz. Era un detector de movimiento.

“Un error de principiantes”.

Las puertas de varios edificios se abrieron y de ahí salieron tropas de seguridad hacia el valle cubierto de polvo, fuertemente equipadas y listas para la acción.

Reyes contó diez guardias que avanzaban hacia su posición. Detrás de la máscara, el rostro de Reyes se relajó. Le preocupaba pensar en que cada vez que apretaba los gatillos, sentía una ligera dosis de paz que ponía cierto freno a su furia.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los guardias cayeron al suelo con fuerza. Reyes avanzó con pasos firmes. Podría haberles disparado en solo unos segundos, pero una parte de él disfrutaba el acto; una parte que se iba expandiendo y que no quería reconocer.

Los dos últimos guardias apuntaron sus armas hacia Reyes, pero quedaron paralizados por el miedo. Reyes le disparó al primero al instante y pareció que provocó que el segundo hombre despertara. Soltó un tiro; las gruesas gotas de sudor recorrieron su frente mientras Reyes se disolvía al convertirse en humo y reaparecía detrás de él. El sujeto sintió la presión del cañón de una Escopeta infernal en la nuca. Entonces miró al cielo antes de que Reyes jalara el gatillo.

Sombra aplaudió con calma mientras que el cuerpo de Reyes se reconstituía. Por suerte, ya había liberado parte de su furia durante la pelea.

—Qué descuidada —aseveró Reyes—. Yo no vine a limpiar los desastres y...

—¿Y qué más? —preguntó Sombra mientras veía con atención sus propias uñas.

—No trabajo con principiantes.

Sombra dio unos pasos hacia Reyes. Tenía las manos en la cadera y una actitud desafiante.

—Mira, sabelotodo, necesitaba conocer el tiempo de respuesta del enemigo y te usé como distracción mientras hackeaba su terminal de comunicaciones. Su red interna ya no funciona, quedaron aislados del mundo exterior por completo. Y, mientras tú te divertías, yo encontré la ubicación de nuestro objetivo.

Sombra dio media vuelta y entró por la puerta del edificio más cercano. Debajo de su máscara, Reyes gruñó y descubrió unas reservas de paciencia que no sabía que tenía.

Sombra avanzó con ligereza por un pasillo largo iluminado con intermitentes luces rojas, y Reyes la siguió. Ella hackeó otro puerto terminal y usó esa interfaz para desactivar partes de la red de seguridad. En unos instantes, las luces rojas se apagaron y las instalaciones retomaron su brillo fluorescente típico de las oficinas.

—El paquete está en el subnivel dos. Hay una escalera por este camino. Cuando llegemos a los niveles inferiores, nos tocaremos con un poco más de resistencia —detralló Sombra.

—¿Acaso no entiendes por qué existe una cadena de mando? —preguntó Reyes.

—Ay, otra vez no. Eres demasiado cuadrado.

—En un combate real, donde no hay poderes ni trucos, donde el enemigo tiene una buena oportunidad de asesinarte, seguir órdenes puede ser la diferencia entre vivir o morir.

—No *creo* en las órdenes.

—Y sin embargo aquí estás, siguiendo las órdenes de Doomfist.

Sombra suspiró.

—Escucha, amigo. Todo el mundo tiene una razón para estar en Talon. Algunos no tienen otro lugar adónde ir, *como tú*. Otros quieren acceder a sus recursos. Algunas personas están aquí porque creen en el líder. Doomfist tiene influencia justo ahora porque tiene la visión, la voluntad y los recursos. Talon podría tener un nuevo líder mañana. O tal vez no. Tal vez siga una orden si me resulta conveniente, pero, de momento, es todo lo contrario. ¿Comprendes?

Reyes pensó en lo que Sombra había dicho mientras continuaban en silencio hacia las escaleras. Sus palabras resonaban con una verdad un tanto incómoda. Había visto a Moira aprovecharse de varias organizaciones para obtener sus recursos. No le importaba de qué lado estuviera, siempre y cuando pudiera

***POR LO PRONTO, TODOS SUS INTERESES
COINCIDÍAN. ERA TAL COMO LA MISMA
SOMBRA HABÍA DICHO, PERO, ¿QUÉ
PASARÍA CUANDO LLEGARA EL DÍA EN
QUE NO FUERA ASÍ?***

financiar su investigación. Akande estaba aquí para establecer un nuevo orden mundial. Eso fue lo que había atraído a Reyes: la promesa de Talon de ser el altavoz de aquellos que no tenían voz, un ariete contra las paredes de la pobreza, un golpe en la mandíbula de las élites de sangre azul cuyas fortunas habían sido amasadas a expensas de la clase servil.

Estaba claro que Sombra tenía sus propios planes de los cuales Reyes no sabía nada al respecto. Por lo pronto, todos sus intereses coincidían. Era tal como la misma Sombra había dicho, pero ¿qué pasaría cuando llegara el día en que no fuera así?

La respuesta parecía sencilla: “Averigua las debilidades de tus aliados y úsalas para manipularlos o acabar con ellos”.

Sombra abrió la puerta de la escalera. Se inclinó lentamente sobre el pasamanos y notó que había varios tramos de escaleras que llevaban hacia un nivel oscuro e inferior. Reyes la seguía de cerca. Sus dedos se aferraron a los gatillos de sus escopetas.

—Nada —dijo Sombra.

Una bala pasó cerca de su oreja.

Sombra maldijo en voz alta al mismo tiempo que una ráfaga de disparos automáticos emergía desde la oscuridad de abajo. Reyes corrió hacia delante

justo cuando Sombra procedía a bajar la escalera con un movimiento rápido y sigiloso.

Reyes saltó el pasamanos hacia el espacio abierto de la escalera. Justo cuando sintió el inevitable tirón de la gravedad, sacó sus armas infernales de sus fundas y dejó que la ira en su interior lo consumiera. Comenzó a sentir euforia a medida que su velocidad aumentaba. Dejó escapar una risa siniestra que se intensificó con el sistema de comunicación de su máscara. Reyes se volvió casi invisible; las balas emergían de sus armas al mismo tiempo que se movía con una velocidad increíble.

A medida que Reyes descendía cada nivel, el efecto neutralizaba a cada uno de los guardias en las escaleras. Reyes cayó con fuerza en el nivel inferior mientras Sombra abandonaba el sigilo.

—Despeja el área para la próxima —dijo Reyes mientras reemplazaba sus armas.

—Tranquilo. Las personas como yo somos la razón por la que las personas como tú tienen trabajo.

El humo se disipó y reveló una enorme puerta metálica con una pequeña consola rectangular en la pared a su lado. Sombra hackeó la consola con rapidez. Cuando se abrió la puerta, escucharon un *siseo* hueco.

Reyes empujó a Sombra hacia un lado.

—Gas lacrimógeno... cañones de riel cargados.

El contenedor salió proyectado hacia la angosta escalera y rebotó en las estrechas paredes con una nube de gases tóxicos. Sombra avanzó tambaleándose hacia el pasillo que poco a poco se llenaba con un ejército de soldados que llevaban máscaras de gas. Los ojos de Sombra se entrecerraron con fuerza en cuanto activó una especie de arma. De su cuerpo salieron unas ondas simultáneas de luz moradas que formaron una media luna grande y ondularon por el pasillo en una explosión de violeta. Los soldados se detuvieron en seco y sacudieron sus rifles tras apretar los gatillos en vano.

“Un PEM. Qué astuta”.

Reyes aprovechó la oportunidad para atacar a los soldados, quienes solo pudieron mirar con horror y sorpresa.

Mientras Reyes acababa con los guardias, Sombra hackeó el sistema de

ventilación del edificio para iniciar el proceso de evacuación y reciclaje aéreos en todo el complejo. Un ruido electrónico resonó por los pasillos tras retirar los nocivos vapores. Sombra se dio la vuelta y notó que Reyes no dejaba de vigilar a los recién caídos.

A veces se le olvidaba que estas personas eran como él solía ser no hace tanto tiempo. Soldados, guardias, personas con vidas.

Un montón de imágenes de *antes* inundó su mente durante otro momento, imágenes de helados y nudillos raspados, así como de jacarandas a lo largo de las calles de Echo Park, pero se desvanecieron tras escuchar una voz familiar: “¿A quién proteges realmente? ¿Acaso proteges a la humanidad de mí? ¿O quizás proteges a estos criminales de mi justicia?”.

—¿Es así como llevas a cabo cada misión? —preguntó Reyes, consciente de que ella lo observaba.

—Je. Al menos puedo pensar por mí misma. Sin traumatismos que nublen mi cerebro —concluyó Sombra, reavivando la furia en el fondo del estómago de Reyes—. Que te diviertas limpiando, barrendero.

Reyes luchó contra su instinto básico de darle una lección a la antigua a la joven. Pero Sombra se le adelantó y gesticuló furiosamente con señales de mano inventadas. Más burlas. Más falta de respeto.

A medida que se acercaban más a su destino, Reyes rechinaba los dientes con más fuerza y comenzaba a notar los enormes indicios de materiales peligrosos, advertencias sobre cambios repentinos en los niveles de radiación.

Sombra volteó a ver a Reyes. Sus ojos bailaban con regocijo.

—A decir verdad, puedo ver por qué Akande te eligió como su nueva arma —respondió Reyes con un gruñido de irritación.

—La verdadera lealtad es difícil de encontrar en estos días, sobre todo en nuestra profesión. Es imposible de comprar, pero vale lo mismo que el oro.

Reyes sabía lo que ella hacía; su insistencia lo estaba presionando hasta el límite. Reyes era lo suficientemente inteligente como para reconocer cuando alguien quería manipularlo, pero no tenía autocontrol suficiente para ignorar los crueles comentarios de Sombra. Desde su salida de Suiza, lleno de más veneno para mantenerlo con vida, había luchado para mantener su enojo a raya.

—Déjame en paz —sentenció Reyes.

—Solo estamos conversando, soldado. Hay que generar confianza en el escuadrón, ¿recuerdas? Tal como tú solías hacer en Overwatch.

Debajo de la máscara, la frente de Reyes se arrugó fuertemente. Esa no era una palabra que él quería escuchar. La ira comenzó a fluir nuevamente por sus venas a medida que se acercaban a un oscuro corredor que terminaba en una escotilla.

—Muy bien, amigo, nuestro objetivo se encuentra del otro lado —afirmó Sombra.

Luego de que Sombra hackeara la terminal de seguridad de la puerta, notaron que una voz automatizada los saludaba:

—Tengan cuidado cuando ingresen a la cámara cuántica. Es posible que los experimentos gravitacionales se encuentren en efecto. Asegúrense de sujetar bien todas las prendas, armas y objetos personales que estén sueltos.

—Después de ti, compadre —exclamó Sombra con una pequeña reverencia.

La puerta se abrió y reveló un laboratorio más grande de lo esperado en forma vagamente octagonal. Notaron que había varios grupos de centros de datos en las paredes que estaban conectados a un sinfín de cables de fibra óptica. Los cables recorrían todo el piso y conducían a una plataforma elevada en el centro de la habitación. Para Reyes, se veía como el nido de un gigantesco calamar cibernético.

—Ah, ahí está —dijo Sombra en tono cantarín.

En la plataforma elevada, había un hombre mayor encorvado sobre dos dispositivos esféricos ligeramente más grandes que las granadas estándar. Su cabeza calva resaltaba un rostro angular que se unía con una nariz aguileña y puntiaguda, parecida al pico de un halcón.

El hombre no hizo ningún esfuerzo por reconocerlos, ni siquiera cuando Reyes se acercó. De hecho, Reyes no estaba seguro de que el hombre supiera que alguien había entrado a la habitación. Reyes vio cómo Sombra corría hacia los monitores más grandes del centro de datos al otro lado del laboratorio y se acomodaba rápidamente en el asiento. Las pantallas se encendieron mientras Sombra hackeaba la computadora central.

—La grieta temporal suena como una campana silenciosa, pero la marca de la gravedad distorsiona el tiempo igual que el agua como conducto para el sonido. La campana sigue sonando de todos modos... —comentó el hombre. Su voz se cortó como si alguien lo hubiera interrumpido.

El hombre sonrió, y luego tiró de una palanca que estaba cerca de su estación de trabajo. Dejó caer las dos esferas mientras la estación central se abría como la caja de un rompecabezas para revelar otra esfera más grande que brillaba con un ritmo constante.

Reyes se paralizó ante la esfera más grande.

—¿Está...?

El hombre frotó suavemente la superficie del dispositivo; sus dedos se iluminaron con una luz intermitente.

—Un mal experimento deterioró su mente. Solo está intentando recordar cómo encajar las piezas —afirmó Sombra—. Diría que ambos tienen algo en común, ¿no es así?

Reyes hizo todo lo posible para ignorar la provocación al mismo tiempo que sentía un cosquilleo familiar en la nuca. Otro grupo de refuerzos se reunía en el pasillo. Disparó sus escopetas a los paneles interiores. Esto provocó que se desactivaran y que los protocolos de seguridad cerraran la puerta por completo.

—No cerraste la puerta —exclamó Reyes.

—Manejaste muy bien la situación, amigo —afirmó Sombra. Sus ojos miraron fijamente las pantallas mientras accedía al expediente en su paquete objetivo—. Dr. Siebren de Kuiper, ciudadano holandés... ah, aquí está. Y ahora sabemos por qué Akande quiere a este sujeto.

El sonido de los golpes en la puerta se intensificó. No podían escuchar voces, solo los impactos de la conmoción de varias explosiones de energía y los disparos de armas pesadas que abollaban el exterior de la barrera de acero. Esto le recordó a Reyes el distante ruido de los disparos enemigos durante sus pocas misiones fallidas. Eran tiempos en los que debía retirarse o esconderse si quería luchar otro día. Unas punzadas profundas de remordimiento y frustración seguían perforándole las entrañas. Cada momento transcurrido se sentía como si la temperatura subiera por encima de quinientos grados.

La paciencia de Reyes se había ido. Y aquí estaba, haciendo el trabajo sucio para Talon. Un soldado con gran habilidad y experiencia reducido a un matón cualquiera. Cualquier tonto podía jalar un gatillo, pero se necesitaba astucia para completar una operación encubierta. Con cada golpe a la puerta, Reyes podía sentir cómo su estricto control sobre su enojo se desvanecía.

“¿Es por esto que Doomfist me reclutó?”. Se preguntó Reyes. “¿Porque ninguno de estos idiotas podía hacer bien el trabajo?”.

Reyes había llegado a un punto sin retorno en su vida anterior, quemó todo lo que había dejado atrás y se metió en el nido de serpientes con tal de traer justicia a un mundo sin fe. ¿Y para qué? ¿Para ser un asesino a sueldo?

—¡Aléjate de la computadora y toma el paquete! —gritó Reyes.

—Esta parte es *mi* pago por el trabajo. La información es mi moneda de platino, compadre. Solo necesito unos minutos más —dijo Sombra con un tono impertinente.

—Llevamos demasiado tiempo aquí. Los refuerzos podrían llegar en cualquier momento. Cuanto más esperemos, menos posibilidades tendremos de llevar a cabo una extracción exitosa.

—Demonios. Eres demasiado serio todo el tiempo. ¿Acaso *Jack* te tenía así de controlado?

Con el impacto de una bomba atómica, las paredes de retención dentro del alma de Reyes se fragmentaron. Reyes corrió por la habitación, furioso, y sacó su escopeta en una nube de vapor de ébano.

Sombra se agachó y dejó escapar varios insultos mientras la bala hacía volar la consola de la computadora en un millón de piezas ardientes.

Durante todo esto, el Dr. Kuiper ni se inmutó. Él seguía acariciando la reluciente esfera con gentileza.

Sombra pateó su silla en dirección a Reyes, quien la desvió con un golpe sincronizado a la perfección de su escopeta.

—Ay, pobrecito; ya te lo dije: tú tienes tus razones para estar aquí y yo tengo las mías.

Reyes dio un paso amenazante hacia ella.

—Sé que hay otros sitios en los que preferirías estar... como esa cabaña en Echo Park.

Sombra entró en sigilo, pero Reyes había analizado su patrón de ataque: mostraba una tendencia a reaparecer por la izquierda o por la derecha según la mano con la que disparara su objetivo. Respiró hondo y apuntó con sus escopetas justo cuando Sombra aparecía de la nada dentro de su campo de visión.

*MUY POR DEBAJO DE LA FURIA, EL ODIIO
Y EL ENOJO, REYES ESCUCHÓ OTRA VOZ.
UNA VOZ TRANQUILA QUE LO INSTABA
A RECONSIDERAR TODO LO QUE ESTABA
HACIENDO. UNA BRASA MORIBUNDA
DE COMPASIÓN EN UNA TORMENTA
DE NIEVE HOSTIL.*

—Parece que tenemos un empate —exclamó Sombra al mismo tiempo que presionaba el cañón de su arma sobre la frente de la máscara de Reyes.

Permanecieron en la misma posición durante unos segundos. Una mezcla de memorias azotó los bordes de la imaginación de Reyes. Una mezcla contradictoria de intercambios afectuosos de su antigua vida con los rituales tormentosos de su nueva existencia.

Muy por debajo de la furia, el odio y el enojo, Reyes escuchó otra voz. Una voz tranquila que lo instaba a reconsiderar todo lo que estaba haciendo. Una brasa moribunda de compasión en una tormenta de nieve hostil.

“Este no eres tú”, le dijo una voz familiar dentro de él. Reyes cerró los ojos y vio la sonrisa de Martina en aquella senda cubierta de hierba en Echo Park. Un cono de helado que se derretía y goteaba sobre sus nudillos raspados; una herida provocada tras escalar un árbol para rescatar un globo de cumpleaños errante. Un momento de felicidad absoluta. Trató de aferrarse al dulce aroma de su perfume y al peso de su hijo de seis años en sus brazos, pero en su lugar fue recibido con el amargo hedor de la pólvora y la carne quemada.

“Tu antigua vida sigue ahí. Aún puedes marcharte”.

El rostro de Martina se fundió con la oscuridad y fue reemplazado por la sonrisa burlona de Sombra.

—¿Y bien, tarado? ¿Qué harás ahora? —preguntó Sombra.

El dedo índice de Reyes se deslizó sobre el gatillo de su escopeta. Con los ojos entrecerrados, se plantó con firmeza en el piso y se preparó para la explosión.

¡BANG!

Tanto Reyes como Sombra sintieron el calor del proyectil pasar a pocos centímetros entre sus rostros. La consola de alimentación en la parte trasera del laboratorio explotó en una lluvia de chispas, lo que provocó que las luces de los generadores de emergencia parpadearan como luciérnagas.

—Esto es... mediocre —dijo alguien con voz aburrida.

Reyes y Sombra dieron un paso hacia atrás justo en el momento en que Widowmaker y un escuadrón de agentes de Talon entraban en el laboratorio. Los cuerpos de los refuerzos que habían estado golpeando la puerta estaban apilados afuera. Reyes había notado que el ruido en el pasillo había cesado, aunque había atribuido el silencio a una retirada o a un cambio de estrategia. Reyes asintió por dentro mientras observaba cómo los soldados de Talon corrían para aprehender al Dr. Kuiper con una gran precisión.

—*Vous êtes des imbéciles* —exclamó Widowmaker, y si bien Reyes no sabía francés, su tono había sido claro—. Akande nos prometió un camino sin obstáculos. Supongo que por lo menos debería darles las gracias por eso... pero esta misión era demasiado importante como para confiársela a un grupo de principiantes.

—Siempre deja abierta una puerta trasera —afirmó Sombra mientras guardaba sus pistolas—. Otra cosa que debes saber de Talon es que Doomfist siempre tiene una póliza de seguro.

Reyes pasó por delante de Widowmaker y de los soldados de Talon, y solo se detuvo un momento para mirar a Sombra.

Ella sonrió.

—Adiós, barrendero.

Reyes caminó de regreso por los oscuros pasillos del complejo. Pasó por los orificios de bala en las paredes y las escaleras llenas de agujeros. Su mirada se detuvo en la horrible imagen de las tropas de seguridad, cuyos cuerpos cubrían el suelo. Sus ojos buscaban la salvación, pero esta no llegaría nunca.

Reyes apartó a los soldados muertos con su bota mientras observaba las placas de identificación en sus uniformes: “Dawson. Carly. Peterson. Sandborne. Jacobs”. En algún lugar del mundo, estos hombres y mujeres tenían padres que esperaban una llamada telefónica, una hija que esperaba oír la voz de su madre antes de irse a dormir, o un perro que esperaba junto a la puerta trasera.

Reyes sabía que ahora estaba del otro lado. Ya era tarde para alejarse de los actos terroristas. A fin de cuentas, como él solía decir, cada terrorista se considera un héroe, un activista en contra de la tiranía que alza la bandera de la justicia contra la corrupción y codicia arraigadas. La línea entre el heroísmo y la criminalidad justificada era borrosa, pero Reyes la había cruzado deliberadamente.

En las afueras de la base, Reyes observaba a Widowmaker y a los soldados de Talon llevarse al Dr. Kuiper a otra nave. Como veterano de varias misiones de extracción, Reyes sabía que, la mayoría de las veces, había entregado a un objetivo a los aliados o al frío reino de la justicia. Incluso hubo ocasiones en las que había llevado a un objetivo a un destino demasiado horrible como para recordar.

Se preguntaba cuál de todas había hecho hoy.

Con el Dr. Kuiper asegurado a bordo de la segunda nave, Widowmaker y los soldados entraron, dejando atrás a una Sombra que no dejaba de mirar a Reyes con una sonrisa sarcástica. Movi6 los dedos y se despidió de él de forma burlona.

—No te preocupes tanto, Gabrielito. Muy pronto encontrarás tu lugar en Talon.

Sombra entró en la nave y, mientras se cerraban las puertas, consiguió dejar salir unas últimas palabras:

—Incluso si es bajo los pies de Akande.

Más tarde, a medida que su nave sobrevolaba el campo de abajo, Reyes estaba sumido en sus pensamientos.

*¿QUÉ ES TALON REALMENTE?
UN MEDIO PARA UN FIN.
UNA ESPADA PARA ROMPER EL BISTURÍ
DE LOS INESCRUPULOSOS.
UN CÓDIGO DE VIOLENCIA, UN DOMINIO
PARA LA MUERTE.*

“¿Qué es Talon realmente?”. No era una sociedad militar o secreta. Y está claro que no era Overwatch ni Blackwatch. Por lo menos esas organizaciones tenían un trillado sentido de familia y respeto mutuo, donde los compañeros de equipo compartían comidas, experiencias y lealtad a una causa en común.

¿Pero qué no era esa otra forma de manipulación, una seducción por medio del compañerismo? En Talon, no había pretensión de armonía. Sus motivos eran egoístas, pero puros. Sus acciones eran reprochables, pero decisivas. Reyes ya no estaba sujeto a normas de “civilización” que de alguna manera siempre se corrompían para proteger a los impíos.

Ya no tendría que lidiar con los trámites burocráticos de las Naciones Unidas, ni con las barreras para enjuiciar a los que eran verdaderamente malos. Ya no habría fronteras soberanas que le impidieran tomar lo que hiciera falta para construir un mundo mejor.

“¿Qué es Talon realmente?”.

Un medio para un fin.

Una espada para romper el bisturí de los inescrupulosos.

Un código de violencia, un dominio para la Muerte.

Sintió un pequeño tirón por dentro. Esa moribunda brasa de compasión estaba llegando a su fin. Reyes se quitó un guante y la máscara. Se estremeció tras sentir

cómo el aire seco pinchaba su arrugada piel.

Pasó uno de sus dedos por encima de su rostro con lentitud. Los nervios adormecidos lo obligaron a hacer más presión para sentir algo.

“Ella ya no me reconocería... porque yo ya no me reconozco”. Reyes escupió al piso de la nave y se reajustó la máscara. No había nada más que considerar.

Su vida pasada descendió hacia el humo negro de sus poderes, consumida por el pozo sin fondo que era su furia interna. Ya no quería amistad; ya no necesitaba amor. Lo único que importaba era su necesidad de hacer justicia. Algo que Doomfist necesitaba a su disposición si iba a arreglar este mundo despedazado.

Era todo lo que a Reyes le quedaba para dar.